

KOTARO ISAKA

TREN BALA



CINCO ASESINOS. UNA RECOMPENSA.
¿QUIÉN LLEGARÁ AL FINAL DEL TRAYECTO CON VIDA?

DESTINO

Tren bala

Kotaro Isaka

Traducción de Aleix Montoto

Ediciones Destino

Kimura



La estación de Tokio está abarrotada. Ha pasado ya algún tiempo desde la última vez que Yuichi Kimura estuvo aquí, y no puede estar seguro de si siempre está así de llena. Si alguien le dijese que está celebrándose en la estación algún acontecimiento especial, le creería. La muchedumbre que viene y va le resulta agobiante. Le recuerda al programa de televisión ese que Wataru y él habían visto juntos, el de los pingüinos, y la forma en que estos se apiñaban todos bien juntos. «Al menos los pingüinos tienen una excusa —piensa Kimura—. En el lugar en el que viven hace mucho frío.»

Espera que haya un hueco en el flujo de gente y, apretando el paso, ataja entre las tiendas de *souvenirs* y los kioscos. Luego sube un pequeño tramo de escaleras en dirección al molinete del Shinkansen, el tren bala de alta velocidad. Al cruzar la puerta de embarque automática se pone tenso, teme que puedan detectar de algún modo la pistola que lleva en el bolsillo de la chaqueta, que el acceso se cierre de golpe y que lo rodee el personal de seguridad. Pero no sucede nada. Afloja el paso y levanta la mirada hacia el monitor para consultar el andén de su Shinkansen, el Hayate. Hay un agente de policía uniformado haciendo guardia, pero no parece prestarle la menor atención.

Un niño con una mochila pasa a su lado, rozándolo.

Parece tener unos ocho o nueve años. Kimura piensa en Wataru y siente una opresión en el pecho. Visualiza a su hermoso hijo, tumbado inmóvil e inconsciente en una cama de hospital. La madre de Kimura había exclamado al verlo:

—¡Míralo! Parece que esté durmiendo, como si no le hubiera pasado nada. Es posible incluso que esté escuchando todo lo que estamos diciendo. No puedo soportarlo.

Al recordarlo, Kimura siente como si le vaciaran las entrañas.

«Ese cabrón pagará.» Si alguien puede empujar a un niño de seis años del tejado de unos grandes almacenes y seguir deambulando por ahí como si nada, es que el mundo está perdido. Kimura vuelve a sentir una opresión en el pecho, y esta vez no es a causa de la tristeza, sino de la rabia. Se dirige hacia las escaleras mecánicas aferrado a una bolsa de papel. «He dejado de beber. Puedo andar en línea recta. Las manos no me tiemblan.»

El Hayate ya está en el andén, esperando su turno para partir. Kimura aprieta el paso en dirección al tren y sube al vagón número tres. De acuerdo con la información que ha obtenido de sus antiguos socios, su objetivo viaja en un asiento de la hilera cinco del vagón número siete. Kimura entrará desde el número seis y lo sorprenderá por la espalda. Ha de actuar con mucho cuidado y permanecer alerta, procurando no precipitarse.

Sube al vestíbulo. A la izquierda ve un cubículo con un lavamanos y se detiene un segundo frente al espejo. Cierra la cortina de esa pequeña zona de aseo. Luego mira su reflejo. Está despeinado y tiene legañas en las comisuras de los ojos. En su rostro ya asoma una áspera barba de tres días y los pelos del bigote crecen en todas direcciones. Le cuesta verse así. Se lava las manos, frotándoselas bajo el agua hasta que el chorro automático del

grifo se detiene. Le tiemblan los dedos. «No es el alcohol, solo son nervios», se dice a sí mismo.

No ha disparado su pistola desde que Wataru nació. Solo la tocó una vez, al empaquetar sus cosas para la mudanza. Ahora se alegra de no haberla tirado. Las pistolas resultan útiles cuando hay que amedrentar a algún delincuente o mostrarle a algún tonto que se ha pasado de la raya.

El rostro del espejo se contrae. Sus arrugas agrietan el cristal, cuya superficie se curva y deforma al tiempo que Kimura tuerce la expresión.

«Ahora ya no hay vuelta atrás —parece decirle esa cara—. ¿Vas a ser capaz de apretar el gatillo? No eres más que un borracho, ni siquiera pudiste proteger a tu hijo.

»He dejado de beber.

»Tu hijo está en el hospital.

»Le daré su merecido a ese cabrón.

»Pero ¿vas a ser capaz de perdonarlo?»

La burbuja de sentimientos que hay en su cabeza ha dejado de tener sentido, y estalla.

Kimura mete la mano en el bolsillo de la campera deportiva negra que lleva puesta y retira la pistola. Luego saca un cilindro estrecho de la bolsa de papel, lo coloca en el cañón y lo enrosca. No eliminará completamente el ruido del disparo, pero, tratándose de una pequeña pistola del calibre 22, al menos lo amortiguará y apenas se oirá un pequeño chasquido, más silencioso que el perdigón de una pistola de juguete.

Se mira en el espejo una vez más, asiente y luego mete el arma en la bolsa de papel y sale del cubículo.

Una azafata del tren está preparando el carrito de los aperitivos y casi choca con ella. Kimura está a punto de exclamar «¡Apártate!», pero sus ojos se posan en las latas de cerveza y contiene el impulso.

«Recuerda: un trago y se acabó. —Las palabras de su

padre resuenan en su cabeza—. El alcoholismo nunca llega a desaparecer del todo. Un trago y vuelves al punto de partida.»

Entra en el vagón número cuatro y comienza a recorrer el pasillo. Sin querer, le da un pequeño golpe a un hombre que va sentado a la izquierda cuando pasa a su lado. La pistola se encuentra en la bolsa, pero es más larga de lo normal a causa del silenciador, y choca con la pierna de ese tipo.

Rápidamente, Kimura se abraza a la bolsa con fuerza y, presa del nerviosismo y dejándose llevar por un impulso violento, se vuelve hacia el hombre —de rostro apacible y con anteojos de armazon negro—, que inclina con docilidad la cabeza y le pide perdón. Kimura chasquea la lengua y se aleja, dispuesto a seguir adelante, pero el tipo le dice a su espalda:

—¡Eh! ¡La bolsa que lleva está rota!

Kimura se detiene un momento y mira. Es cierto. Hay un agujero en la bolsa, pero por él no asoma nada que pueda identificarse como una pistola.

—Métase en sus asuntos —contesta con un gruñido mientras sigue adelante.

Deja atrás el vagón número cuatro y recorre deprisa el cinco y el seis.

—¿Cómo es que en el Shinkansen el vagón número uno está al final? —le preguntó una vez Wataru. «Pobre Wataru.»

—El número uno es siempre el vagón que está más cerca de Tokio —respondió la madre de Kimura.

—¿Por qué, papá?

—El más cercano a Tokio es el número uno, el siguiente, el dos, etcétera. Así, cuando tomamos el tren para ir a la localidad en la que papá creció, el número uno está en la parte posterior, pero cuando regresamos a Tokio, está en la frontal.

—Cuando el Shinkansen se dirige a Tokio, se dice

que sube y, cuando parte de Tokio, que baja —añadió el padre de Kimura—. Todo gira alrededor de Tokio.

—¡Entonces ustedes siempre suben a vernos!

—Bueno, queremos verte, de modo que hacemos el esfuerzo de subir hasta aquí.

—¡Pero no son ustedes quienes lo hacen, sino el Shinkansen!

El padre de Kimura se volvió hacia él.

—Wataru es adorable. Cuesta creer que sea hijo tuyo.

—Sí, no dejan de preguntarme quién es el padre.

Los padres de Kimura ignoraron el comentario mal-humorado y siguieron diciendo con alegría:

—¡Lo bueno debe de haberse saltado una generación!

Kimura entra en el vagón siete. A la izquierda del pasillo están las hileras de dos asientos y, a la derecha, las de tres, todas mirando hacia delante y con el respaldo de cara a él. Mete la mano en la bolsa, empuña la pistola y comienza a recorrer el pasillo contando las hileras.

Hay más asientos vacíos de lo que esperaba y apenas ve unos pocos pasajeros aquí y allá. En la hilera cinco, junto a la ventanilla, distingue la parte trasera de la cabeza de un adolescente. El chico está acomodándose y el cuello de una camisa blanca le asoma por debajo del *blazer*. Tiene el aspecto pulcro de un alumno ejemplar. Se vuelve para mirar por la ventanilla y contemplar distraídamente cómo otros trenes parten de la estación.

Kimura se acerca a él. Cuando está a una hilera, siente una repentina vacilación: «¿De veras voy a hacerle daño a este chico? Parece tan inocente». Es de hombros estrechos y constitución delicada: no parece más que un simple escolar excitado por viajar solo en el Shinkansen. El nudo de agresión y determinación que Kimura siente en su interior se afloja un poco.

Y, de pronto, unas chispas saltan ante sus ojos.

Al principio piensa que se deben a una falla del sistema eléctrico del tren, pero en realidad se trata de su pro-

pio sistema nervioso, que por un momento enloquece. El adolescente que está sentado junto a la ventanilla se ha dado la vuelta y le ha colocado algo junto al muslo, una especie de mando a distancia. Para cuando Kimura se da cuenta de que es el mismo tipo de pistola eléctrica casera que había visto usar a esos escolares, está paralizado y se le han erizado todos y cada uno de los pelos del cuerpo.

Cuando recobra la conciencia se encuentra sentado junto a la ventanilla con las muñecas y los tobillos atados con robustas tiras de tela y cinta de embalar. Puede doblar los brazos y las piernas, pero no desplazar el cuerpo.

—Es usted realmente estúpido, señor Kimura. No puedo creerme que sea tan predecible. Es como un robot que se limita a ejecutar su programación. Sabía que vendría por mí, y sé muy bien lo que ha venido a hacer. —El chico está sentado a su lado y habla con animación. Algo en el pliegue de sus párpados y las proporciones de su nariz resulta casi femenino.

Este chico es quien empujó al hijo de Kimura desde el tejado de unos grandes almacenes, riendo mientras lo hacía. Puede que no sea más que un adolescente, pero habla con la seguridad en sí mismo de alguien que ha vivido varias vidas.

—Todavía me sorprende que haya salido todo tan bien. Desde luego, la vida es muy sencilla. Aunque lamentable decir que no para usted. ¡Tantos esfuerzos renunciando a su querido alcohol y haciendo acopio del valor necesario... para luego terminar así!

Fruta



—¿Cómo tienes la herida? —le pregunta Mandarina, que va en el asiento del pasillo, a Limón, que está sentado junto a la ventanilla.

Se encuentran en el vagón número tres, hilera diez, en el lado con tres asientos. Sin dejar de mirar por la ventanilla, Limón murmura:

—¿Por qué tuvieron que deshacerse de los serie 500? Esos vagones azules me encantaban. —Y, como si por fin oyera la pregunta, frunce el ceño y pregunta—: ¿Qué herida? —Su larga pelambreira recuerda a la melena de un león, aunque resulta difícil decir si se la peina así o simplemente la lleva desgredada. La absoluta falta de interés que siente por el trabajo (o, de hecho, por cualquier cosa) es perceptible tanto en su mirada como en la sempiterna mueca de su labio superior. Mandarina se pregunta vagamente si la apariencia de su compañero está dictada por su personalidad o si sucede más bien al revés.

—Me refiero al corte que te hicieron ayer —señala—. En la mejilla.

—¿Cuándo me hicieron un corte?

—Salvando a este niño rico.

Ahora Mandarina señala al tipo que va en el asiento del medio, un joven de unos veintipocos años y con el pelo largo que se encuentra entre ambos. Su mirada va

alternativamente de un hombre al otro. Tiene mucho mejor aspecto que cuando lo rescataron la noche anterior. Lo encontraron atado, acababan de darle una paliza y no podía dejar de temblar. Sin embargo, no ha pasado siquiera un día entero y ya parece recuperado por completo. «Seguro que está vacío por dentro», piensa Mandarina. Suele ser el caso de la gente que no lee libros. Se trata de personas vacías y monocromas que pueden cambiar el chip como si nada. Se tragan algo y, en cuanto desciende por su garganta, se olvidan de ello. Físicamente incapaces de empatía. Son quienes más necesitan la lectura, pero en la mayoría de los casos ya es demasiado tarde.

Mandarina consulta su reloj. Son las nueve de la mañana, así que han pasado ya nueve horas desde el rescate del niño rico. Se trata del hijo único de Yoshio Minegishi. Estaba retenido en un edificio de la zona de Fujisawa Kongocho, en una habitación situada en una tercera planta subterránea, y Mandarina y Limón lo han sacado de allí.

—No digas idioteces. Yo nunca haría algo tan estúpido como dejar que me hicieran un corte. —Limón y Mandarina miden lo mismo, alrededor de uno ochenta, y ambos tienen la misma constitución larguirucha. La gente suele pensar que son hermanos, a veces incluso gemelos. Gemelos asesinos a sueldo. Siempre que alguien se refiere a ellos como hermanos, Mandarina siente una profunda frustración. Le resulta increíble que puedan equipararlo con alguien tan descuidado y simple. Seguramente a Limón no le molesta, pero Mandarina no soporta lo chapucero que es. Uno de sus socios dijo una vez que Mandarina era de trato fácil, mientras que Limón resultaba insufrible. Era como la fruta: nadie quiere comerse un limón. Mandarina se mostró del todo de acuerdo.

—Entonces ¿qué es este corte que tienes en la mejí-

lla? La línea roja que va de aquí a aquí. Oí cómo te lo hacían. Uno de esos matones te atacó con una navaja y soltaste un grito.

—Yo nunca gritaría por algo así. Si lo hice se debió a que el tipo cayó derrotado demasiado rápido y me sentí decepcionado. Dije algo en plan: «¡Será nenaza!». En cualquier caso, esto que tengo en la cara no es ningún corte. Solo se trata de un sarpullido. Tengo una alergia.

—Nunca he visto un sarpullido que parezca un corte.

—¿Acaso eres el creador de los sarpullidos?

—¿Si soy qué? —Mandarina se muestra confuso.

—¿Has creado los sarpullidos y las reacciones alérgicas de este mundo? ¿No? Entonces quizá seas un médico especialista y estás poniendo en cuestión los veintiocho años que llevo lidiando con alergias. ¿Qué sabes exactamente sobre sarpullidos?

Siempre igual. Limón se pica y empieza a despotricar y a meterse con él. Si Mandarina no terminase aceptando las culpas o, simplemente, dejase de escucharlo, Limón podría seguir increpándolo de forma indefinida. De repente, sin embargo, el chico que está sentado entre los dos, el Pequeño Minegishi, emite un pequeño ruido. Está mascullando algo.

—Ejem... Yo...

—¿Qué? —pregunta Mandarina.

—¿Qué? —pregunta Limón.

—Esto... Eeeh... ¿Cómo han dicho que se llamaban?

Cuando lo encontraron la noche anterior, estaba atado a una silla y le habían dado un buen repaso. Mandarina y Limón lo despertaron y, mientras cargaban con él, no dejaba de repetir: «Lo siento, lo siento». Era incapaz de decir nada más. Mandarina se da cuenta de que es muy probable que el chico no tenga ni idea de lo que está pasando.

—Yo soy Dolce y este es Gabbana —dice con des-
preocupación.

—No —replica Limón—. Yo soy Donald y él es Dou-
glas —añade, señalando a Mandarina con un movimien-
to de cabeza.

—¿Qué? —Pero nada más preguntarlo ya sabe que
se trata de personajes de *Thomas y sus amigos*. Da igual
cuál sea el tema, Limón siempre se las arregla para sa-
car a colación *Thomas*. Se trata de una serie infantil de
animación protagonizada por trenes. A Limón le en-
canta. Siempre que necesita una alegoría, lo más pro-
bable es que recurra a alguno de sus episodios. Todo lo
que sabe sobre la vida y la felicidad lo ha sacado de ese
programa.

—Sé que ya te lo he explicado antes, Mandarina. Do-
nald y Douglas son unas locomotoras gemelas de color
negro. Ambas hablan con gran corrección. En plan:
«¡Cielos! ¡Pero si se trata de nuestro querido amigo Hen-
ry!». Hablar de este modo causa una buena impresión.
Seguro de que estarás de acuerdo.

—No puedo decir que no.

Limón mete una mano en el bolsillo de su campera,
rebusca algo y, tras sacar una lámina reluciente del tama-
ño de una agenda de direcciones, señala un dibujo:

—Mira, este es Donald. —En la lámina se ven un
puñado de trenes. Son stickers de *Thomas y sus amigos*.
Una de las locomotoras es negra—. Por más que te lo
explique, siempre te olvidas de los nombres. Parece que
te dé igual.

—Es que me da igual.

—Eres un fastidio. Mira, te daré esto para que puedas
recordar sus nombres. Comenzando por aquí, este es
Thomas, y aquí está Oliver. En esta lámina los tienes a
todos. Incluso a Diesel. —Limón comienza a recitar sus
nombres uno a uno. Mandarina le devuelve la lámina de
stickers.

—Bueno... Entonces ¿cómo se llaman? —pregunta el Pequeño Minegishi.

—Hemingway y Faulkner —dice Mandarina.

—Bill y Ben también son gemelos. Y Harry y Burt —añade Limón.

—Nosotros no somos gemelos.

—Bueno, Donald y Douglas ya me parece bien —opina el Pequeño Minegishi con seriedad—. ¿Los ha contratado mi padre para que me rescaten?

Limón comienza a rascarse la oreja con indiferencia.

—Bueno, supongo que podría decirse que sí. Aunque, siendo honestos, en cierto modo no tuvimos más remedio que aceptar el encargo. Decirle que no a tu padre es demasiado peligroso.

Mandarina se muestra de acuerdo.

—Tu padre es de verdad intimidante.

—¿Tú también piensas que da miedo o contigo es más suave porque eres hijo suyo? —Limón le clava un dedo al niño rico. Lo hace ligeramente, pero el joven se sobresalta de todos modos.

—Yo... Eeeh... No, no creo que sea tan intimidante.

Mandarina sonríe sarcástico. Ese olor tan particular de los asientos del tren hace que comience a sentirse cómodo.

—¿Estás al corriente de las cosas que tu padre hacía cuando estaba en Tokio? Corren historias muy locas. Como la de la chica que se retrasó cinco minutos en el pago de un préstamo. Dicen que le cortó un brazo. ¿Esa la has oído? No un dedo, ¿eh? ¡Todo el brazo! Y no estamos hablando de cinco horas. Solo se retrasó cinco minutos, y él la dejó manca... —Se detiene aquí, consciente de que el mundo bien iluminado del Shinkansen no es lugar para detalles escabrosos.

—Sí, he oído esa historia —murmura el niño rico, en apariencia interesado—. Y luego mi padre metió el bra-

zo en el microondas, ¿verdad? —Lo dice como si estuviera hablando de la vez que su padre probó una nueva receta.

—¿Y qué hay de esta otra? —Limón se inclina hacia delante y vuelve a clavarle un dedo al joven—. Un tipo no quería pagarle y tu padre mandó secuestrar a su hijo, los puso a ambos cara a cara, les dio un cúter a cada uno y...

—Esa también la he oído.

—¿La has oído? —insiste Mandarin, desconcertado.

—Lo cierto es que tu padre es un tipo listo. No se complica la vida. Si alguien le causa problemas, ordena que se libren de él, y si algo es demasiado complicado, opta por dejarlo estar. —Limón observa por la ventanilla que otro tren parte de la estación—. Hace algún tiempo había un tipo en Tokio llamado Terahara. Ganó mucho dinero y levantó muchas ampollas haciéndolo.

—Sí, su organización se llamaba Doncella. Sé quién es. He oído hablar de él.

El joven está comenzando también a sentirse cómodo y a dar muestras de cierta altivez. A Mandarin no le gusta. Puede aceptar a los niños mimados en los libros, pero en la vida real no le interesan. Le resultan irritantes.

—Doncella desapareció hace seis o siete años —prosigue Limón—. Terahara y su hijo murieron, y la organización se disgregó. Tu padre debió de olerse que las cosas iban a ponerse feas, así que levantó los bártulos y se marchó de la ciudad en dirección al norte, a Morioka. Un tipo listo, como he dicho.

—Gracias.

—¿Por qué me das las gracias? No estoy alabando a tu padre. —Limón mantiene los ojos puestos en los vagones blancos del tren que se aleja de la estación, aparentemente triste por verlo marchar.

—No, por haberme salvado. Creí que ya no lo conta-

ba. Debían de ser unos treinta o así. Me ataron y me metieron en una habitación subterránea. Y tuve la sensación de que me matarían aunque mi padre pagara el rescate. Parecían odiarlo de veras. Estaba convencido de que había llegado mi fin.

El niño rico parece mostrarse cada vez más hablador y Mandarin hace una mueca.

—Eres muy listo. En primer lugar, todo el mundo odia a tu padre. No solo tus amiguitos de anoche. Diría que es más fácil encontrar a, no sé, una persona inmortal que a alguien que no odie a tu padre. En segundo lugar, como has dicho, te habrían matado en cuanto hubieran conseguido el dinero. Sin duda. En efecto, de ahí no ibas a salir con vida.

Minegishi se había puesto en contacto con Mandarin y Limón desde Morioka y les había encargado que llevaran el dinero del rescate a los secuestradores y liberaran a su hijo. Parecía un trabajo fácil, pero nada lo es nunca.

—Tu padre fue muy específico —explica Limón en tono gruñón, al tiempo que comienza a contar con los dedos—: «Salven a mi hijo. Traigan de vuelta el dinero del rescate. Maten a todos los implicados». Habla como si estuviera convencido de que obtendrá todo aquello que desea.

Minegishi les había dejado claras sus prioridades. Lo más importante era rescatar a su hijo, luego conservar el dinero y por último matar a los secuestradores.

—Pero, Donald, han cumplido con todo. Lo habéis hecho a la perfección —dice el niño rico con los ojos relucientes.

—¡Un momento! ¿Dónde está la valija, Limón? —pregunta Mandarin repentinamente preocupado. Se suponía que Limón tenía que llevar consigo la valija con el dinero del rescate. No se trataba de un bulto lo bastante grande para un viaje largo, pero era un modelo de un tamaño decente y con un mango robusto. Mandarin acaba

de percatarse de que no está en la bandeja portaequipajes, ni debajo del asiento, ni en ningún otro lugar a la vista.

—¡Te has dado cuenta, Mandarin! —Con una amplia sonrisa en el rostro, Limón se recuesta en el asiento y levanta las piernas hasta colocarlas en el asiento que tiene delante. Luego se mete una mano en un bolsillo—. Mira esto.

—La valija no cabe en tu bolsillo.

Limón se ríe, aunque nadie más lo hace.

—Ya, hombre. Lo que llevo en el bolsillo es este pequeño trozo de papel. —Saca del bolsillo algo del tamaño de una tarjeta de visita y lo agita en el aire.

—¿Qué es eso? —El niño rico se inclina hacia delante para verlo mejor.

—Es un cupón para un sorteo que celebran en el supermercado en el que nos hemos detenido de camino a la estación. Lo hacen cada mes. ¡Mira, el primer premio es un viaje! ¡Y parece que han metido la pata, porque no figura ninguna fecha de caducidad, así que si uno gana puede hacerlo cuando quiera!

—¿Me lo dejas ver?

—Ni hablar. No pienso dártelo. ¿Para qué quieres tú un viaje gratis? Tu padre puede pagarte los que quieras. Pídeselo a él.

—Déjate de sorteos, Limón, y dime dónde diablos has metido la valija —lo corta Mandarin, irritado. No puede evitar sentir una horrible premonición.

Limón se vuelve hacia él con expresión serena.

—Veo que no sabes mucho sobre trenes, así que te lo explicaré. En los modelos actuales de Shinkansen, el compartimento para el equipaje voluminoso como valija grandes, equipos de esquí o cosas así se encuentra en el vestíbulo del vagón.

Mandarina se queda de forma momentánea sin palabras. Para aliviar la presión de la sangre que ha comenzado a hervir en su cabeza, le da un codazo al niño rico

en el brazo. Este suelta un grito y luego protesta, pero Mandarinina lo ignora.

—Limón, ¿es que tus padres no te enseñaron que uno no debe perder nunca de vista sus pertenencias? —Mandarina hace todo lo posible para no alzar la voz.

Limón se siente claramente ofendido.

—¿Se puede saber qué significa eso? —protesta—. ¿Acaso ves por aquí algún sitio donde hubiera podido dejar la valija? Ocupamos los tres asientos, ¿dónde diablos querías que la metiera? —Unas pocas gotas de saliva salpican al niño rico—. ¡Tenía que dejarla en algún sitio!

—Podrías haber usado la bandeja portaequipajes que hay sobre nuestras cabezas.

—¡Tú no la has llevado, así que no lo sabes, pero es una valija muy pesada!

—La he llevado un rato y no es tan pesada.

—¿Y no crees que si alguien hubiera visto a un par de tipos de aspecto sospechoso como nosotros cargando con una valija habría supuesto que hay algo valioso dentro? Nos habríamos quedado con el culo al aire. ¡Solo estoy procurando ser cuidadoso!

—No nos habríamos quedado con el culo al aire.

—Por supuesto que sí. Y, en cualquier caso, Mandarinina, ya sabes que mis padres murieron en un accidente cuando yo todavía iba a la guardería. No tuvieron tiempo de enseñarme muchas cosas. Y está claro que una de ellas no fue que no perdiera de vista mis pertenencias.

—Eres un irresponsable.

De repente, el móvil que Mandarinina lleva en el bolsillo vibra, provocándole un cosquilleo en la piel. Al consultar en la pantalla quién lo llama, tuerce el gesto.

—Es tu padre —le dice al niño rico. Y justo cuando se levanta y se dirige hacia el vestíbulo del vagón para responder la llamada, el Shinkansen comienza a moverse.

La puerta automática se abre y, nada más salir del

vagón, Mandarina acepta la llamada y se lleva el móvil a la oreja.

—¿Y bien? —pregunta Minegishi en un tono de voz tranquilo pero penetrante.

Mandarina se acerca a la ventanilla y contempla el cambiante paisaje urbano.

—El tren acaba de partir.

—¿Está a salvo mi hijo?

—Si no lo estuviera, no habríamos embarcado.

Luego Minegishi le pregunta si tienen el dinero y qué les ha pasado a los secuestradores. El ruido del tren en marcha va en aumento y la comunicación es cada vez más difícil. Mandarina hace su informe.

—En cuanto me hayan traído a mi hijo, su encargo habrá concluido.

«Pero si estás ahí relajándote en tu villa, ¿de veras te importa tu hijo?»

Mandarina se muerde la lengua.

La línea se corta. Mandarina se da la vuelta para regresar a su asiento, pero se detiene de golpe: Limón se encuentra delante de él. Es una sensación extraña estar frente a alguien que mide exactamente lo mismo que uno. Es como mirarse en un espejo. La persona que Mandarina ve, sin embargo, es más descuidada y se comporta peor que él, causándole la peculiar sensación de que sus propios rasgos negativos se han encarnado en una persona y están devolviéndole la mirada.

—Estamos en apuros, Mandarina —dice Limón dando muestras de su nerviosismo innato.

—¿Apuros? No me culpes de tus problemas.

—También es problema tuyo.

—¿Qué sucede?

—Has dicho que debería haber dejado la valija con el dinero en la bandeja portaequipajes del vagón, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, tus palabras me han dejado inquieto, así que he ido a buscarla al compartimento portaequipajes del vestíbulo que hay al otro extremo del nuestro.

—Bien hecho. ¿Y?

—No está.

Los dos aprietan a correr y cruzan a toda velocidad el vagón número tres hasta el otro extremo; el sitio para dejar el equipaje está justo al lado del baño. En el compartimento hay dos estantes y una valija grande descansa en el superior, pero no es la de Minegishi con el dinero. A un lado hay una pequeña repisa vacía sobre la que antaño debió de haber un teléfono público.

—¿Estaba aquí?

—Sí.

—¿Y adónde ha ido?

—¿Al cuarto de baño?

—¿La valija?

Limón se vuelve hacia el cuarto de baño y abre la puerta de golpe. No está claro si actúa en broma o en serio, pero su voz suena agitada cuando, después, exclama:

—¿Dónde estás? ¿Adónde carajo has ido? ¡Vuelve!

«Puede que alguien la haya llevado por equivocación», piensa Mandarina, pero sabe que no es así. Se le acelera el pulso. El hecho de sentirse intranquilo lo pone aún más nervioso.

—¡Eh, Mandarina! ¿Qué tres palabras describen nuestra situación actual?

Justo entonces, el carrito de los aperitivos entra en el vestíbulo. La joven azafata se detiene un momento para preguntarles si quieren algo, pero como no quieren que oiga su conversación, le hacen un gesto con la mano para que siga adelante.

Mandarina espera a que el carrito haya desaparecido por detrás de la puerta.

—¿Tres palabras? ¿Estamos en apuros?

—Estamos bien jodidos.

Mandarina le propone a su compañero regresar a sus asientos: así se calmarán y seguro que se les ocurre algo. Se vuelve para salir del vestíbulo y Limón va detrás de él.

—¡Y no he terminado! ¡Todavía hay más combinaciones de tres palabras! —Puede que se deba a que está confundido, o simplemente es idiota, pero en el tono de voz de Limón no se percibe la menor seriedad.

Mandarina hace ver que no lo oye y, tras entrar en el vagón número tres, enfila el pasillo. A pesar de ser un día laborable por la mañana, el vagón no va lleno: poco menos de la mitad de los asientos están ocupados. Mandarina no sabe cuánta gente suele ir en el Shinkansen, pero le parece poca.

Como se dirigen hacia la parte trasera del tren, tienen a los pasajeros de cara. Unos están sentados de brazos cruzados, otros tienen los ojos cerrados, hay gente leyendo el periódico, gente de negocios... Mientras avanza, Mandarina va examinando las bandejas portaequipajes y los reposapiés en busca de una valija negra de tamaño mediano.

El Pequeño Minegishi sigue sentado en su asiento, situado en la parte media del vagón. Ha reclinado el asiento y tiene los ojos cerrados, la boca abierta y el cuerpo apoyado en la pared y la ventanilla. Debe de estar cansado. Al fin y al cabo, hace dos días fue secuestrado y torturado, anoche lo rescataron y esta mañana lo han metido en un tren sin que haya tenido tiempo de pegar ojo.

Pero no es eso lo que a Mandarina se le pasa por la cabeza. En su lugar, el corazón comienza a latirle con fuerza. «No puede ser.» Por un momento se queda petrificado, pero se recompone con rapidez y, tras sentarse junto al joven, comprueba su pulso en el cuello.

Limón se acerca a ellos.

—¿Durmiendo en tiempos de crisis, señorito?

—Nuestra crisis acaba de empeorar, Limón.

—¿Cómo?

—El señorito está muerto.

—No puede ser. —Y, unos pocos segundos después, añade—: Estamos jodidos de veras. —Luego cuenta con los dedos y masculla—: Ahora las palabras son cuatro.

Nanao



Nanao no puede dejar de pensar que si algo ha pasado una vez puede volver a pasar, y que si ha pasado dos veces puede pasar una tercera, y, en ese caso, también cuatro, así que podría decirse que si algo sucede una vez ya no deja de repetirse. Como un efecto dominó. Cinco años atrás, en su primer encargo, las cosas se pusieron mucho más peliagudas de lo que esperaba. «Si esto ha pasado una vez, podría volver a pasar», pensó entonces. Debía de haber una especie de poder vinculante en este pensamiento ocioso, porque su segundo encargo también fue catastrófico, y lo mismo sucedió con el tercero. Las cosas siempre salían mal.

—Estás dándole demasiada importancia —le había dicho Maria en múltiples ocasiones. Maria es quien le confía los encargos. Se describe a sí misma como una mera agente, pero Nanao opina que es mucho más que eso. «Yo preparo la comida y tú te la comes» o «Tú das órdenes y yo obedezco» son expresiones que, cual epigramas, siempre le vienen a la mente a Nanao cuando piensa en ella.

—¿Cómo es que tú nunca te encargas en persona de ningún trabajo, Maria? —le preguntó una vez.

—Ya tengo un trabajo.

—Me refiero a lo que hago yo. Ese tipo de trabajo.

Nanao comparó su situación a la de un as del balón

que estuviera en la banda gritando órdenes y reprendiendo a sus compañeros, meros aficionados, mientras se arrastraban por el campo.

—Tú eres el as del balón, lo que me convierte a mí en un simple aficionado —prosiguió—. ¿No irían mejor las cosas si intervinieras en el partido? Menos estrés para todos y mejores resultados.

—¡Pero si soy una mujer!

—Sí, pero se te dan muy bien las artes marciales. Te he visto tumbar a tres hombres a la vez. Y estoy seguro de que eres más de fiar que yo.

—No me refiero a eso. ¿Y si me estropean la cara?

—¿Se puede saber en qué siglo has nacido? ¿Es que no has oído hablar de la igualdad de género?

—Esta conversación está convirtiéndose en acoso sexual.

Nanao no consiguió profundizar más en la cuestión y, al fin, se resignó. Todo seguiría igual: Maria al mando y Nanao cumpliendo sus órdenes; la entrenadora as del balón y el jugador aficionado.

Con relación a este encargo, Maria le había dicho lo mismo de siempre:

—Se trata de algo muy fácil. Entrar y salir. No tendrás el menor problema.

Nanao ya había oído promesas como esa antes, pero no se vio con ánimo de protestar.

—Seguro que algo sale mal.

—¡Qué pesimista! Eres como un cangrejo ermitaño que no se atreve a dejar su concha porque tiene miedo de los terremotos.

—¿Es eso lo que temen los cangrejos ermitaños?

—Si no temieran los terremotos no vivirían en casas portátiles, ¿no?

—Puede que no quieran pagar impuestos sobre bienes inmuebles.

Ella ignoró ese patético intento de hacer un chiste.

—Nuestro trabajo consiste básicamente en llevar a cabo misiones complicadas y peligrosas, así que no debería sorprenderte que siempre surja algún problemita. Podría decirse que estos son la esencia misma de nuestro trabajo.

—¿Algún problemita?—replicó Nanao con énfasis—. Nunca se trata de un problemita. —Quería dejar bien claro este punto—. A mí nunca me ha surgido un mero problemita. Tomemos por ejemplo ese encargo en el que se suponía que debía obtener fotografías del político aquel con su amante en un hotel. Dijiste que sería fácil. Entrar y salir.

—Y era fácil. Lo único que tenías que hacer era sacar unas pocas fotos.

—Sí, claro, fácil, siempre y cuando no se desencadenara un tiroteo en el hotel.

De manera inesperada, un hombre trajeado había abierto fuego en el vestíbulo y se había puesto a disparar en todas direcciones. Más adelante, fue identificado como un prominente funcionario cuya prolongada depresión lo había llevado a matar a varios clientes del hotel. Terminó atrincherándose y manteniendo un enfrentamiento con la policía. No tenía relación alguna con el encargo de Nanao, fue una mera coincidencia.

—Pero lo hiciste muy bien. ¿A cuánta gente acabaste salvando? ¡Y le rompiste el cuello al tirador!

—Era él o yo. ¿Y qué hay de ese otro encargo en el que debía ir a un restaurante de comida rápida, probar el nuevo plato del menú y proclamar con grandes aspavientos lo delicioso que era? «¡Es una explosión de sabor!», tenía que decir.

—¿Estás diciendo que no era delicioso?

—Sí que lo era, pero hubo una auténtica explosión en el restaurante.

Un expleado despedido hacía poco había puesto una bomba. Aunque la explosión no causó muchas vícti-

mas, el interior del restaurante se llenó rápidamente de humo y llamas, y Nanao se las vio y se las deseó para sacar fuera a los clientes. Encima, dio la casualidad de que en ese momento también se encontraba en el establecimiento un famoso criminal al que un experto francotirador a sueldo estaba esperando en la calle con un potente rifle, lo que aumentó todavía más el caos.

—Pero también te las apañaste muy bien: descubriste dónde se escondía el francotirador y le diste una señora paliza. ¡Otro gran éxito!

—También me habías dicho que sería un encargo fácil.

—Bueno, ¿y qué tiene de difícil comerse una hamburguesa?

—Y sucedió lo mismo en el último encargo. «Solo has de esconder dinero en el cuarto de baño de un restaurante. Eso es todo», dijiste. Pero me empapé las medias y por poco no me como una hamburguesa con demasiada mostaza. No existe ningún encargo fácil. Es peligroso ser tan optimista. Por cierto, todavía no me has contado en qué consiste el trabajo que quieres que haga ahora.

—Sí que lo he hecho. Se trata de robarle la valija a alguien y bajar del tren. Eso es todo.

—No me has dicho dónde está la valija. Ni a quién pertenece. ¿Debo subir al Shinkansen y ya te pondrás en contacto conmigo entonces para darme los detalles? No me parece que vaya a ser algo tan fácil. ¿Y quieres que baje del tren con la valija en la estación de Ueno? Eso es apenas dos minutos después de haber partido. No voy a tener suficiente tiempo.

—Piénsalo así. Cuanto más difícil es un encargo, más antelación requiere su planeamiento: consideraciones especiales, ensayos, planes de contingencia... La falta de detalles, en cambio, implica que será fácil. Si consistiera en inspirar y espirar tres veces, ¿necesitarías instrucciones previas?

—Ese razonamiento es absurdo. No, gracias. Es im-

posible que este trabajo sea tan fácil como dices. No existen los encargos fáciles.

—Claro que sí. Hay muchos encargos fáciles.

—Dime uno.

—El mío. Ser intermediaria es lo más fácil del mundo.

—Qué suerte la tuya.

Nanao permanece a la espera en el andén. De repente, su teléfono móvil vibra y él se lo lleva a la oreja justo cuando la megafonía de la estación anuncia: «El Shinkansen Hayate-Komachi con dirección Morioka va a llegar en breve al andén número veinte». La voz masculina resuena por la estación, impidiendo que Nanao pueda entender bien lo que Maria le está diciendo.

—¡Eh! ¿Me escuchas? ¿Puedes oírme?

—El tren está entrando en la estación.

El anuncio hace que aumente el ajetreo en el andén. Nanao tiene la sensación de que lo envuelve una membrana invisible que amortigua los ruidos que lo rodean. Comienza a soplar un vivificante viento otoñal y las pocas nubes que salpican el cielo hacen que el azul brille todavía más.

—Me pondré en contacto contigo tan pronto como reciba la información sobre la valija. Imagino que será poco después de que parta el tren.

—¿Llamarás o me enviarás un mensaje de texto?

—Llamaré. Mantén el móvil a mano. No te supone ningún problema, ¿verdad?

El esbelto morro del Shinkansen hace su aparición en la estación y, acto seguido, el largo tren blanco comienza a aminorar la velocidad hasta que queda detenido por completo en el andén. Las puertas se abren y los pasajeros se apean. El andén se llena entonces de personas que ocupan los espacios vacíos como un vertido de agua exten-

diéndose por la tierra seca. Las ordenadas colas de la gente que espera para embarcar se disgregan para dejar paso a las oleadas de seres humanos que bajan las escaleras. Luego, los que permanecen en el andén vuelven a formar las colas. Nadie habla. Nadie mira a nadie. No hay ninguna señal. Todo el mundo vuelve a ocupar su lugar de forma automática. «Qué extraño —piensa Nanao—. Y yo también hago lo mismo.»

Todavía no puede embarcar nadie. Las puertas siguen cerradas, presumiblemente para que los empleados del servicio de limpieza tengan tiempo de darle un pequeño repaso al tren. Nanao permanece al teléfono con Maria unos segundos más antes de colgar.

—¡Yo quería ir en primera clase! —protesta una voz cercana. Nanao se vuelve y ve a una mujer con el rostro maquillado en exceso y a un hombre bajito que sostiene una bolsa de papel. Él tiene la cara redonda y lleva barba. Parece un pirata de juguete. La mujer luce un vestido sin mangas de color verde que deja a la vista unos fornidos brazos. La falda es extremadamente corta. Sintiendo más incómodo de lo que debería, Nanao aparta la mirada de sus muslos al tiempo que con un dedo se recoloca los anteojos de amazon negro en el puente de la nariz.

—La primera clase es demasiado cara. —El hombre se rasca la cabeza y luego le enseña los billetes a la mujer—. Pero mira: vamos en la hilera dos del vagón número dos. Dos-dos, como el dos de febrero. ¡Tu cumpleaños!

—Mi cumpleaños no es el dos de febrero. ¡Y yo que me había puesto este vestido verde porque pensaba que iríamos en primera clase! —La corpulenta mujer expresa su descontento dándole un puñetazo en el hombro a su acompañante, y se le cae la bolsa. Su contenido se vuelca en el suelo con una pequeña avalancha de prendas de vestir: sobre el andén quedan desparramadas una chaqueta roja y un vestido negro. También puede distinguirse algo peludo de color negro. Parece un animal pequeño, lo que

provoca que Nanao se sobresalte. La repentina aparición de una criatura desconocida le causa repelús. Irritado, el hombre vuelve a meterlo en la bolsa. Nanao se da cuenta entonces de que se trata de un peluquín. O, más bien, una peluca completa. Y, ahora que se fija, se da cuenta también de que la mujer no es una mujer, sino un hombre maquillado. Nuez de Adán, hombros anchos. La minifalda deja a la vista sus muslos.

—Y tú, ¿se puede saber qué estás mirando?

Nanao se sobresalta al percatarse de que la voz se dirige a él.

—¿Qué pasa? —sigue el hombre barbudo con cara de muñeco, todavía inclinado—. ¿Quieres esta ropa? Te la vendo. Diez mil yenes. ¿Interesado? Enséñame la plata —dice mientras vuelve a meter la ropa en la bolsa.

«No compraría eso ni por cien yenes —le entran ganas de decir a Nanao, consciente de que eso no haría sino involucrarlo todavía más en algo que ni le va ni le viene. Exhala un suspiro—. Ya estamos otra vez.»

El hombre insiste.

—¡Vamos! ¡Date prisa! Seguro que tienes el dinero. —Habla como si estuviera hostigando a un escolar—. Lindos anteojos, cerebritito. ¿Eres un cerebritito? —Nanao se vuelve y le da la espalda.

«Concéntrate en el encargo.»

Su tarea es muy sencilla. Hacerse con la valija y bajar del tren en la siguiente estación. «No surgirá ningún problema. Nada va a salir mal. No habrá sorpresas.» Un hombre travestido y otro barbudo le han gritado, pero este será el único contratiempo que se encontrará hoy. Se dice a sí mismo todo esto como si estuviera practicando un ritual, como si estuviera purgando la energía negativa del camino que tiene por delante.

Por megafonía se oye una voz que agradece a la gente su paciencia. Es un mensaje grabado, pero parece apaciguar los ánimos de las personas que están esperando

de pie en el andén. Ese es el caso, al menos, de Nanao, que en realidad no hace tanto que espera. Entonces oye que una azafata del tren anuncia que las puertas van a abrirse y, en efecto, justo entonces lo hacen como por arte de magia.

Consulta el número de su asiento. Vagón número cuatro, hilera uno, asiento D, y recuerda lo que Maria le ha dicho cuando le ha dado el billete:

—¿Sabías que los asientos del Hayate hay que reservarlos con antelación? Como tienes que bajar pronto, me he apresurado a reservar el tuyo. He imaginado que lo mejor sería una butaca en el pasillo.

—¿Qué hay en la valija?

—No lo sé, pero estoy segura de que no es nada importante.

—¿Estás segura? ¿De veras confías en que me crea que no sabes qué hay en su interior?

—Ya te lo he dicho, no lo sé. ¿Querías que lo preguntara y cabreara al cliente?

—¿Y si es algo de contrabando?

—¿Algo de contrabando? ¿Como qué?

—No sé. Un cadáver, o un montón de dinero, o drogas ilegales, o tal vez un enjambre de insectos.

—Un enjambre de insectos daría miedo.

—Las otras tres opciones serían peores. ¿Hay algo comprometedor en la valija?

—No puedo saberlo con seguridad.

—Hay algo comprometedor, ¿verdad? —Nanao estaba comenzando a perder los estribos.

—Da igual lo que haya dentro, lo único que debes hacer es transportarla. Nada más.

—Ese razonamiento no tiene sentido alguno. En ese caso, ¿por qué no la transportas tú?

—Ni hablar. Es demasiado arriesgado.

Nanao se acomoda en su asiento, situado al final del vagón número cuatro. Una buena cantidad de asientos

están vacíos. Mientras aguarda a que el tren parta, permanece con el móvil en la mano y los ojos puestos en su pantalla. Todavía no ha recibido ningún mensaje de Maria. Llegarán a la estación de Ueno pocos minutos después de partir de la de Tokio. Tendrá muy poco tiempo para robar la valija. Esto le preocupa.

La puerta automática se abre con un pequeño bufido y alguien entra en el vagón. Justo cuando esto sucede, Nanao cruza y descruza las piernas y le da un golpe a la bolsa de papel que lleva el hombre que acaba de entrar. Este lo fulmina con la mirada. Tiene un aspecto decididamente lamentable: barba de pocos días, rostro pálido, ojos hundidos. Nanao se apresura a pedirle perdón:

—Disculpe.

Siendo estrictos, en realidad ha sido el hombre quien lo ha golpeado y debería haber sido él quien le pidiera perdón, pero a Nanao no le importa. Quiere evitar el menor roce. Se disculpará las veces que haga falta para evitar incidentes. Enojado, el hombre sigue adelante, pero Nanao advierte que la bolsa tiene un agujero, puede que a causa del golpe que le ha dado con la pierna.

—¡Eh! ¡La bolsa que lleva está rota!

—¡Métase en sus asuntos! —responde el hombre con un gruñido.

Nanao se quita la riñonera de piel que lleva para comprobar una vez más su billete. La riñonera está llena de cosas: una lapicera y un cuaderno, un alambre, un encendedor, píldoras, un compás, un potente imán con forma de herradura, un rollo de resistente cinta adhesiva... Lleva incluso tres relojes digitales de muñeca con alarma. Sabe por experiencia que las alarmas son útiles en todo tipo de situaciones. Maria se burla de él diciendo que es una navaja suiza andante, pero son solo cosas que tenía en la cocina o ha comprado en una tienda de esas que abren las veinticuatro horas. Todo salvo la pomada de

esteroides y la coagulante, por si sufre alguna quemadura o se corta.

Alguien a quien la suerte no le sonríe no tiene otra elección que estar preparado, por eso Nanao siempre lleva consigo una pequeña colección de utensilios.

Saca el billete del Shinkansen del compartimento de la riñonera en el que lo ha guardado. Al repasar los detalles, repara en algo que le extraña: es un billete hasta Morioka. « Por qu  ?   Justo cuando piensa esto, le suena el móvil. Contesta de inmediato y oye la voz de Maria.

—Bueno, ya tengo la información. La valija est  entre los vagones tres y cuatro. En el vestíbulo hay un compartimento portaequipajes con una valija negra. Lleva una especie de stickers cerca del mango. La persona a la que pertenece viaja en el vagón número tres, así que tan pronto como tengas la valija dirígete a la salida en la dirección opuesta.

—Entendido. —Nanao se queda un momento callado—. Por cierto, acabo de darme cuenta de una cosa. Se suponía que debía bajar del tren en Ueno, pero por alguna razón mi billete es hasta Morioka.

—No hay ninguna razón en particular. Para un encargo como este tenía sentido comprar un billete hasta el final del trayecto. Por si sucede algún imprevisto.

—De modo que crees que va a suceder un imprevisto —dice Nanao, alzando un poco más la voz.

—Es solo por si acaso. No te alteres. Sonríe un poco.  C mo era ese viejo dicho? «Sonreír es la llave que abre la puerta de la fortuna.»

—Tendría un aspecto algo extraño si me pusiera a sonreír sentado aquí a solas,  no crees? —replica, y luego cuelga. El tren comienza a moverse.

Nanao se pone de pie y se dirige a la puerta que hay al fondo de su vagón.

Cinco minutos hasta Ueno. Tiene muy poco tiempo. Por suerte, encuentra el compartimento portaequipajes

de inmediato y localiza la valija negra sin problemas. Es de tamaño medio y con rueditas. Tiene un sticker junto al mango. Es dura, aunque no podría decir de qué material está hecha. La recoge tan silenciosamente como puede. «Un encargo fácil», le había dicho Maria con su voz melosa. De momento, así es. Consulta la hora. Cuatro minutos para la llegada a la estación de Ueno. «Vamos, vamos.» Regresa al vagón número cuatro con la valija y procurando mantener un paso uniforme y regular. Nadie parece prestarle atención.

Recorre el vagón número cuatro y luego el cinco. Por último, llega al vestíbulo que hay entre los vagones cinco y seis.

Una vez ahí se detiene y, aliviado, exhala un suspiro. Temía que pudiera haber algo que bloqueara la puerta como, por ejemplo, un grupito de jóvenes dormitando, maquillándose o simplemente ocupando todo el espacio, y que, cuando los mirara, le dijeran «¿Es que tienes algún problema?» o algo parecido. O tal vez encontrarse a una pareja discutiendo y que ambos amantes se volvieran hacia él y le exigieran que tomara parte por alguno de los dos, haciéndole partícipe de sus estupideces, fueran estas las que fueran. Estaba convencido de que se encontraría con algo así.

Pero no hay nadie junto a la puerta, de modo que se siente aliviado. Ahora solo ha de esperar a que el tren llegue a Ueno y bajar. Una vez en la estación, llamará a Maria. Ya se la imagina burlándose de él: «¿Ves lo fácil que ha sido?», le dirá, y pese a que no le gustan este tipo de mofas, lo preferirá al hecho de haberse encontrado con problemas graves.

El exterior del tren se vuelve de pronto oscuro y el tren comienza a descender bajo tierra, anunciando la inminente llegada al andén subterráneo de la estación de Ueno. Nanao aprieta con fuerza el mango de la valija y consulta la hora en su reloj, aunque no tiene ninguna razón para hacerlo.

Contempla su reflejo en la ventanilla de la puerta. Incluso él mismo debe admitir que tiene aspecto de ser un tipo propenso a la mala suerte, sin fortuna, con muy mala ventura. Sus exnovias solían quejarse: «Desde que salimos juntos no dejo de perder la billetera», «Cuando estoy contigo no dejo de meter la pata», «Cada vez tengo la piel peor». Él intentaba explicarles que difícilmente esas cosas podían ser culpa suya, pero de algún modo intuía que en el fondo era muy probable que sí lo fueran. Como si les hubiera pegado algo de su mala suerte.

El agudo zumbido del tren en los raíles comienza a aminorar. Se abrirán las puertas de la izquierda. Comienza a entrar más luz por las ventanillas y, de repente, aparece la estación como si el tren hubiera llegado a una ciudad futurista construida en el interior de una caverna. En el andén hay gente aquí y allá. Escaleras, bancos y paneles digitales desaparecen por la izquierda de la ventanilla.

Nanao está pendiente de su reflejo en el cristal para asegurarse de que no aparece nadie a su espalda. Si el dueño de la valija o cualquier otro le plantara cara, las cosas podrían complicarse. El tren va perdiendo velocidad. Recuerda entonces aquella ocasión en la que jugó a la ruleta en un casino. A medida que la ruleta iba reduciendo su velocidad, parecía ir en aumento la importancia de la casilla en la que pudiera caer la bola. Tiene esta misma sensación cuando el Shinkansen comienza a frenar. Es como si el tren estuviera eligiendo dónde detenerse, qué vagones delante de qué pasajeros, reduciendo perezosamente la velocidad hasta que, por último, se detiene del todo.

Hay un hombre al otro lado de la puerta ante la que se encuentra Nanao. Es de constitución más bien pequeña y va ataviado con una gorra plana con visera que lo hace parecer el detective privado de un cuento infantil. La puerta no se abre de inmediato. Hay una larga pausa, como cuando uno contiene la respiración bajo el agua.

Nanao y el hombre están frente a frente, separados solo por la ventanilla. Nanao frunce el ceño. «Conozco a un tipo con el mismo rostro tristón y la misma estúpida gorra de detective.» El hombre en el que está pensando trabaja en lo mismo que él: se dedica a lidiar con asuntos turbios y peligrosos. Su verdadero nombre es de lo más común y corriente, pero se da muchos aires y siempre está alardeando de sus hazañas o hablando mal de los demás. La gente lo llama el Lobo. No porque sea heroico y huido como un lobo solitario. Más bien porque recuerda al lobo fantasma de la fábula del pastor mentiroso de Eso-po. A él no parece molestarlo el mote burlón, y suele afirmar con orgullo que se lo puso el mismísimo señor Terahara. Cuesta creer que Terahara, uno de los hombres más poderosos del submundo del hampa, fuera a perder tiempo poniéndole un apodo a alguien como él, pero el Lobo asegura que así fue.

El Lobo cuenta muchas historias fantasiosas. Como la que le contó a Nanao una vez que ambos se encontraron en un bar:

—¿Sabes el tipo ese que se dedica a matar a políticos y empresarios y luego hace que parezca un suicidio? Uno que se llama a sí mismo Ballena u Orca o algo así. Un tipo grandote. La gente dice que ya no se lo ve. ¿Sabes por qué? Me encargué de él.

—¿Qué quieres decir con lo de que te encargaste de él?

—Ya sabes. Se trató de un encargo. Maté a Ballena.

En efecto, el especialista en suicidios al que apodaban Ballena había desaparecido de repente, provocando las habladurías de la gente del mundillo. Algunos decían que el asesino era uno de ellos, otros que había estado involucrado en un horrible accidente, y alguno incluso que el cadáver de Ballena había sido adquirido por mucho dinero por un político que se la tenía jurada y que ahora colgaba en su casa como elemento decorativo. Fue-

ra cual fuese la verdad, una cosa estaba clara: para realizar un encargo tan importante como ese nadie habría contratado al Lobo, un tipo al que solo encargaban trabajos de recadero o para dar palizas a niñas o civiles.

Nanao siempre hacía lo posible para no tener que tratar con él. Cuanto más lo veía, más ganas sentía de darle un puñetazo en la cara, algo que sabía que solo le causaría problemas. Y tenía razones para que le preocupara su capacidad de controlarse a sí mismo, pues en una ocasión ya lo había zurrado.

Un día iba andando por una callejuela de una zona de bares cuando se topó casualmente con él. El Lobo estaba a punto de dar una paliza a tres niños que no debían de tener más de diez años.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó Nanao.

—Estos niños estaban riéndose de mí. Voy a darles su merecido. —Y, tras cerrar el puño, le propinó un puñetazo en la cara a uno de los niños, que permanecían petrificados. La sangre salpicó a Nanao en la cabeza, de modo que, a continuación, tiró al Lobo al suelo y le dio una patada en la parte trasera del cráneo.

Maria se enteró del incidente y no desaprovechó la ocasión para lanzarle una pulla.

—¿Ahora proteges a los niños? Estás hecho todo un caballero.

—No es eso. Simplemente, cuando un niño está en apuros no puedo evitar salir en su defensa. —Para él había algo terrible en la imagen de un niño asustado e indefenso suplicando que alguien lo salvara.

—¡Ah! ¿Te refieres a tu trauma? ¡Menudo cliché!

—Eso no es justo. Los traumas son algo más que una palabra en boga.

—Esa moda ya se ha pasado —dijo ella con cierto desdén.

Él intentó explicarle que no era ninguna moda. A

pesar de que el término «trauma» se hubiera convertido en un lugar común y que, de repente, todo el mundo estuviera traumatizado por algo, había gente que seguía teniendo que sobrellevar de veras el dolor de su pasado.

—En cualquier caso —añadió ella—, el Lobo siempre se mete con niños y animales, seres más débiles que él. Es lo peor. En cuanto piensa que está en peligro comienza a jactarse de su relación con Terahara: «¡Cuento con la protección de Terahara! ¡Se lo diré al señor Terahara!».

—Terahara está muerto.

—He oído decir que, cuando murió, el Lobo lloró tanto que llegó a deshidratarse. Menudo imbécil. En el fondo, le diste su merecido.

El hecho de que Nanao le pateara la cabeza hirió el orgullo del Lobo tanto como su cuerpo. Con ojos llorosos, juró enfurecido que lo lamentaría la próxima vez que se encontraran, y salió corriendo. Desde entonces, no se habían vuelto a ver.

Las puertas del Shinkansen se abren y Nanao se dispone a bajar del tren con la valija en la mano. Ahora que se encuentra cara a cara con el hombre de la gorra, repara en que tiene exactamente el mismo aspecto que el Lobo, es una semblanza increíble. Justo en ese momento, el hombre lo señala y dice:

—¡Tú!

Y entonces se da cuenta de que, por supuesto, el hombre ese no es otro que el mismísimo Lobo.

Nanao intenta bajar con rapidez del tren, pero el Lobo se arroja hacia delante con sombría determinación, entrando por la fuerza en el vestíbulo y empujándolo hacia atrás.

—¡Bueno, bueno! ¡Qué suerte la mía encontrarte aquí! —dice el Lobo con regocijo—. ¡Menuda sorpresa! —añade con los orificios nasales dilatados por la excitación.

—Ahora no. He de bajar del tren. —Nanao mantie-

ne el tono de voz bajo, temeroso de que, si eleva la voz, pueda atraer la atención del dueño de la valija.

—¿De veras crees que voy a dejarte escapar? Tenemos cuentas pendientes, colega.

—Ya las ajustaremos otro día. Ahora estoy trabajando. O, mejor, no lo hagamos nunca. Puedes considerar saldada la deuda.

«No tengo tiempo para esto», piensa Nanao, y, justo cuando lo hace, las puertas se cierran de golpe y el Shinkansen arranca, haciendo caso omiso del aprieto en que lo deja. Ya puede oír en su cabeza la voz de Maria: «¿Ves lo fácil que es este encargo?» y le entran ganas de gritar de frustración. El encargo ha comenzado a torcerse, y eso es algo que él sabía que ocurriría.